

el diario.es

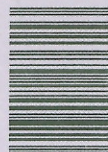
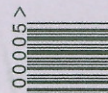
C

cuadernos

#05

primavera 2014

5€



8 413042 476153



QUÉ ESTÁ PASANDO EN LA IGLESIA

BERGOGLIO OFRECE OTRA IMAGEN Y UN NUEVO DISCURSO, PERO AÚN NO ESTÁ CLARO SI ES SÓLO PROPAGANDA O UNA VERDADERA RENOVACIÓN

Ignacio Escolar Olga Rodríguez Isaac Rosa Belén Carreño Javier Gallego June Fernández
Jesús Bastante Beatriz Gimeno Juan Luis Sánchez Mariola Cubells Julio Embid Beatriz Lucas
Manuel Saco Elena Cabrera José Manuel López Ana Requena José Cervera Carmen Reina Diego Barcala



LA MISIÓN DE
.....
BAJAR DE LA
.....
CRUZ AL LOTO

En el norte de India no hay católicos, pero sí curas y monjas. “No me vale con que el Papa hable de los pobres: quiero que toda la Iglesia hable de los pobres”, defiende un sacerdote.

.....

Texto y fotos: **Juan Luis Sánchez**
UTTAR PRADESH (INDIA)

La imagen de un Jesucristo sentado con las piernas cruzadas en la posición de loto cuelga del dintel de la puerta. A pocos pasos se abre el salón de actos que también es el dormitorio que también es el aula para dar clase. Patio, hogar y colegio. Refugio y a veces escondite.

Las niñas acogidas en el albergue de la Asociación DARE, que pasan cada día bajo el Jesucristo en posición de loto, no son cristianas ni budistas; son hinduistas y musulmanas. Quien les enseña, quien les acoge para que se alejen del mundo que les priva de la inocencia, es un católico. Un cura. Un misionero.

En el norte de la India, donde la superpoblación y la pobreza se catalizan como en ningún otro lugar del mundo, el número de católicos está por debajo del 1% de la población. Entre los propios curas hacen la broma: "Yo creo los católicos por aquí somos los sacerdotes y las monjas, y nadie más", nos dice el *padre* Abhi. Son indios religiosos de misiones en su propio país. La mayoría acude desde el sur, del estado de Kerala, donde la proporción de católicos llega al tope del país, el 20%. Abhi no es el nombre de pila real de este cura: le bautizaron como Emmanuel George. Como con el Cristo en loto que tiene su centro, y algunos edificios católicos de la región, ha adaptado su identidad para darle un toque hindú.

Abhi lleva 35 años trabajando en Varanasi (Benarés). Un viaje en tren le cambió la vida cuando aún era una joven promesa de la jerarquía de la Iglesia en India. "En tres días de viaje, conté 310 niños que entraban y salían de mi vagón, pidiendo, vendiendo agua, robando, prostituyéndose". Dimitió de su recién otorgado cargo eclesial y se zambulló en una ciudad de millones de habitantes con más de 227 *slums*, campamentos chabolistas.

El *slum* de la estación de tren de Varanasi es una insoportable ciénaga, un cultivo de malaria, una cuneta de miseria junto al cruce de vías de ferrocarril más importante del norte de India. En uno de los brazos del enorme laberinto que serpentea entre tiendas de plástico y charcos, un grupo de niñas se sienta en trenecito para despiojarse mientras se ponen al día. En otro rincón, una familia toma el sol sobre una cama hecha de cuerdas tensadas.

La monja Manju anda entre esas chabolas posando su mano sobre el hombro de niños, mujeres y ancianos. La conoce todo el mundo, sonrío a todo el mundo. Las madres se acercan: "Mira esta... esta...", le dice una señora rodeada de niños que señala a la pequeñaja que lleva

en brazos. "Cuando crezca, ¿te la llevarás?". Le piden a la monja que interne a su hija en el centro DARE, para que reciba alguna educación formal, para que juegue sin miedo a los abusos, aunque tenga que volver a las chabolas el fin de semana. Que una madre te pida que te lleves a su hija parece ser algo que ocurre cualquier día en la vida de Manju.

Oscurece y al otro lado de la estación, en una gran explanada donde los hombres esperan en cuclillas a que alguien llegue o su momento para partir, una pequeña familia espera a la monja para entregarle a su hija. Esta, sí. La niña se llama Preeti, tiene 3 años y se le congela una cara de pasmo cuando su madre la pone en brazos de aquella mujer. Para los padres es un día feliz, dicen, porque su hija vivirá mejor. Para Manju y Abhi, es otra niña que empieza a ser "rescatada" de la pobreza.

Hasta dos horas después, sentada sobre un regazo extraño y rodeada de otras chicas que ahora serán sus compañeras de hogar, clase y patio, Preeti no termina de asumir lo que le acaba de pasar. Rompe a llorar.

Lejos de allí, desde los arrozales que Varghese riega con su sonrisa de cura simpático y aniñado, se ve la cima del Everest. Habla con un hombre encorvado de piel de cuero gastado que duda entre si seguir trabajando o hacer una reverencia al sacerdote, que recorre el camino junto a la siembra. El sudor no entiende de amigos de Dios y los surcos en la camisa azul de Varghese son los de cualquier otro mortal que se abra paso a zancadas entre la humedad de este lugar, una aldea remota, a varias horas por carreteras y carriles de cualquier núcleo urbano en el norte de la India, casi en la frontera con Nepal.

En Uttar Pradesh, un estado del tamaño de la mitad de España donde vive casi el mismo número de personas que en toda la Unión Europea, la pobreza rural no choca tanto como la urbana, pero está aún más desasistida.

El Estado no está. Las administraciones del país con la tercera economía más boyante del mundo no son capaces de organizar el territorio, la vivienda, el abastecimiento del agua, la asistencia sanitaria, la educación. En India, la Iglesia católica dice ser la organización no administrativa que más servicios públicos proporciona.

Otro dato retrata la magnitud de India pero también la capilaridad de la Iglesia en este lugar ajeno: a pesar de que en el total de India la población católica no llega al 3%, es el país del mundo donde más estudiantes de

Abhi lleva 35 años trabajando en Varanasi (Benarés). Un viaje en tren le cambió la vida cuando aún era una joven promesa de la jerarquía de la Iglesia y se zambulló en una ciudad de millones de habitantes



'SLUM'. La monja Manju, con varios niños del poblado chabolista de la estación de tren de Varanasi, donde su misión es la única ONG que presta ayuda. Miles de familias viven entre charcos, telas, plásticos y mosquitos envenenados de enfermedades.

Secundaria hay escolarizados en colegios católicos. Son niños musulmanes, budistas o hinduistas, como las niñas de DARE, que van a colegios de la Iglesia católica y "luego el domingo, a la mezquita con sus padres", como explica Abhi. Todo esto convierte a la institución católica en tan necesaria como poderosa. Sin fieles pero con dependientes.

La sombra de la evangelización, de la estrategia de conversión a través de caridad, de la colonización religiosa, se proyecta sobre la vocación de los misioneros en todo el mundo. "Yo soy católico porque siento la necesidad de ayudar, no ayudo para que la gente sea católica", asegura Varghese caminando por una carretera donde huele a defecación pública, costumbre local ante la falta de sistemas de desagüe. "No digo que no me guste difundir mi religión", nos decía Abhi en Varanasi. "Vivo mi fe sinceramente, pero no voy por ahí intentando que la gente se convierta sino intentando que la gente viva mejor". En varios estados indios, tratar de provocar la conver-

sión religiosa de la población está prohibido, aunque no en el de Uttar Pradesh, donde estos sacerdotes trabajan. En todo caso, con o sin conversión, la transmisión de los valores de la Iglesia sí sucede.

La presidenta de Manos Unidas, Soledad Suárez, visita los proyectos que la ONG de la Iglesia financia en esta zona del país. Es recibida, junto a la comitiva de periodistas que la acompañamos invitados por la organización, con toda la ceremonia de flores y *tikkas*, discursos e informes de gestión. "Nuestro trabajo se centra en las mujeres porque son las agentes de desarrollo, porque en estos países es la responsable de las gestiones básicas de la vida digna", nos cuenta. "Es la que va a por los alimentos y los prepara, la que va por el agua, la que cuida a la familia, la que controla el dinero y la que mantiene la casa. Muchas veces es la única de la familia que trabaja".

¿Y cómo encaja esa apuesta por dar más poder a las mujeres, que sean más activas socialmente, más inde-

pendientes, con la apuesta de la Iglesia de no controlar la natalidad con anticonceptivos?, preguntamos. “La actitud de Manos Unidas es no forzar nada, no vamos a obligar a las mujeres a que no tengan hijos. Lo que sí hacemos es formarlas para que tengan derecho a decidir”. Derecho a decidir que tiene sus líneas rojas para la Iglesia, como la del aborto.

Madrid. Vestido de fraile franciscano conventual –lo que es–, Miguel Ángel Marcos sigue los pasos de una pequeña manifestación contra la pobreza en el centro de la ciudad. “Estoy aquí para denunciar la mala distribución de la riqueza”, y continúa: “el mundo gasta en mascotas cantidades de dinero que no gasta en ayuda al desarrollo. Es una vergüenza”.

Miguel Ángel tiene unos 30 años. Antes de ser misionero, fue cooperante y luego voluntario laico en misiones católicas. “A la vuelta de México, me hice fraile”, explica. “Me di cuenta de que, sin una motivación superior, hacer el bien las 24 horas al día es muy difícil. Mi proyecto de fe es el que mantiene mi labor social y me ayuda a no ser egoísta”.

Su idea suena parecida a la de Abhi, que sigue hablándonos en una cocina pequeña y amarilleada por una bombilla irritante.

El sacerdote anteriormente conocido como Emmanuel George que tiene un Jesucristo en flor de loto dice: “No me vale que el Papa hable de los pobres, aunque lo agradezco: quiero que toda la Iglesia hable de los pobres”. Y abre las puertas de su centro: “Que vengan, que compartan conmigo esas chabolas, que compartan conmigo ese retrete”.

Abhi se considera “un cristiano de base” y “una persona de mente abierta”. Está a favor de que las mujeres se hagan sacerdotisas y votaría a favor de que monjas y curas pudieran casarse. Y cree que la Iglesia malgasta demasiado tiempo hablando de homosexuales. “Parece que la Iglesia sólo sabe hablar de pecados, pecados, pecados... Y hay tantas otras cosas por las que preocuparse...”.

La sombra de la evangelización, de la conversión a través de caridad, de la colonización religiosa, se proyecta sobre la vocación de los misioneros



ASISTENCIA. Sala de posparto del Hospital de Fátima en la ciudad de Gorakhpur. Ranu acaba de tener una niña.

Varghese se reúne con otros compañeros jóvenes de su diócesis junto a una escuela vacía, sin niños, por la festividad de una semidiosa local.

El paseo ahora es en grupo, hay mujeres e intimidad en la inmensidad de los arrozales. Los sacerdotes intentan agradar y se hacen los coquetos. Piden teléfonos móviles y alguno mandará luego mensajes de WhatsApp llenos de flores, corazones y *selfies*. Como si tuvieran la edad que tienen, como si fueran las personas sanas y naturales que son, como si creyeran en lo que hacen y en por qué lo hacen, como si en lo más hondo de la pobreza más honda, en el lugar más superpoblado del planeta, lo humano fuera lo más divino.



@juanlusanchez

Subdirector de eldiario.es

